

Debajo del Naranjo

Iris Angelene



Soul to squeeze

Hace un par de meses la vida parecía seguir su curso normal, mi rutina se reducía a mis responsabilidades como estudiante y el estrés que conllevaba la universidad. Sin embargo, ahora me encuentro viviendo un proceso histórico, junto con aproximadamente otras 6,000 millones de personas.

Es muy difícil estar feliz y mantener una mentalidad positiva cuando eres consciente de que la situación mundial es desoladora, que eres privilegiada al estar segura en tu casa, con comida, familia, estudiando, pero para muchas personas la realidad es distinta.

La semana pasada ocurrieron dos feminicidios en Nayarit, ambas mujeres se encontraban dentro de su casa, una de ellas era estudiante de derecho y teníamos el mismo rango de edad. Una vez más me siento preocupada, porque en México no estás segura ni en tu casa y habrá personas que siempre encontrarán la manera de culpar a la víctima y no al asesino.

Estoy cansada, harta, triste, y cuestionando mi capacidad de brindar apoyo. A pesar de que nunca he tenido la certeza de nada en absoluto, toda esta coyuntura hace de la experiencia algo muy surreal. La estabilidad dentro de mi casa, contrastada con lo que ocurre cruzando la puerta.

Estoy de vacaciones, y siento que el tiempo se me está yendo de las manos. Antes de que todo este caos pasara, nunca me había preocupado por no vivir lo suficiente. Siendo franca, estar encerrada en mi casa sin la posibilidad de salir, es desesperante, a veces despierto con ganas de hacer muchas cosas, me gustaría ir al cine, salir con mis amigos, pasear con mi mamá, pero como ciudadana responsable, tengo que estar en mi casa y aunque a veces me aburro, me pregunto si en el futuro extrañaré este momento, estar en mi casa y con mi familia y la tranquilidad de no viajar por la ciudad.

Nick y Susie Cave son probablemente mis más grandes ídolos en este momento de mi vida. Las cartas, y poesía que escribe Nick son mi brújula. Después de ver el documental *20,000 Days on Earth*, terminé siendo una persona diferente, esta afirmación no es en vano y se debe al monólogo final de Nick en la última escena:

“Todos nuestros días están contados. No podemos darnos el lujo de no hacer nada. Actuar sobre una mala idea es mejor que no actuar en absoluto, porque el valor de la idea nunca se hace evidente hasta que lo haces. A veces, esta idea puede ser la cosa más pequeña del mundo, una pequeña llama que encorvas y ahuecas con la mano y rezas para que no se extinga por las tormentas y los vientos alrededor. Si puedes aferrarte a esa llama, se pueden construir grandes cosas a su alrededor que son masivas, poderosas y que pueden cambiar el mundo...todo sostenido por la más pequeña de las ideas.”

Kind of Woman

Mis padres buscaron mi nombre en un libro; les gustó el nombre "Iris" porque tenía sólo dos sílabas y significaba "hermosos colores".

Durante mi infancia realmente no recuerdo tener una fuerte conexión con mi nombre o su significado, me daba igual; hubo un momento, cuando tenía 14 o 15, que quería cambiar mi nombre a uno como: Isabella, Catherine, o Mary, porque me gustaba cómo se veía escrito en papel.

Me es difícil señalar el momento exacto en el que por primera vez fui consciente de que yo me llamaba Iris. Aunque es una palabra que escucho todos los días, sentía que había una disociación entre quien soy como persona y la "etiqueta" con la que me identificaban los demás. Ahí fue cuando comencé a investigar más sobre mi nombre y su origen; encontré que es de origen griego, y efectivamente, tiene relación con los colores, en algunas definiciones aparece "la hermosos colores" o "arcoiris", también comparto nombre con una flor de mi color favorito, morado. Además, descubrí que en la mitología griega, Iris es una diosa.

Iris fue una mensajera entre los dioses y mortales, quien también ayudaba a guiar el alma de las mujeres al cielo utilizando un arcoiris como puente. Cuando encontré esa definición me sentí satisfecha y orgullosa de mi nombre. Tengo una fascinación por lo etéreo, lo místico y mágico, y sentía que mi nombre era perfecto para mí, porque ahora representaba algo más profundo y hermoso.

La labor de la diosa griega Iris como mensajera entre dioses y mortales la interpreto con mi habilidad de expresar y compartir mis ideas y opiniones con los demás; es algo que disfruto porque siento como las palabras fluyen con facilidad y pienso con mayor claridad.

A través de los años el feminismo se ha vuelto una parte de mí, y es muy inspirador saber que el origen de mi nombre yace en una figura femenina, una diosa que guía el alma de otras mujeres. Quiero ser una guía, una compañera, aún no sé cómo o cuándo, pero confío en que mi empatía con los seres humanos y las mujeres en

particular, y desde la perspectiva del feminismo interseccional, puedo ayudar a mejorar las condiciones de vida de las mujeres.

The Show Must Go On

Una de las personas más importantes para mí, que me hizo aprender y creer en mi potencial, es Emilio Nava Lugo, mi profesor de español en segundo y tercero de secundaria.

Todavía recuerdo el primer día de clases con el profesor Emilio, empezamos con el pie izquierdo, me regañó por no poner atención y me cayó mal. Conforme transcurrió el ciclo escolar, lo fui admirando cada vez más, notaba que en sus clases, todos estábamos muy atentos, y puedo asegurar que sus técnicas de enseñanza funcionaron porque todavía recuerdo varios temas que vi con él.

Al final del segundo año el profesor necesitaba seleccionar a un alumno que diera el discurso de despedida para la generación que estaba por graduarse; seleccionó a los mejores de sus cuatro grupos, nos hizo varias pruebas, y un día, enfrente de todo mi grupo me dijo que yo había sido la mejor, me dijo muchas otras cosas que me hicieron sentir muy feliz y orgullosa, porque yo lo admiraba mucho. Ese día llegué muy emocionada a mi casa a darle la noticia a mi mamá.

El día de la graduación estaba muy nerviosa porque además de decir el discurso para la generación que se estaba graduando, también iba a recibir la bandera como la abanderada de la nueva escolta, así que estaba doblemente intranquila, emocionada y asustada. Dije el discurso, no fue algo memorable, yo no conocía a la generación que se estaba graduando, no conecté con las palabras que salían por mi boca.

En tercer año nos volvió a tocar con el profesor Emilio, esta vez me sentía como pez en el agua, su clase fue mi favorita en la secundaria, definitivamente. Creí que ya que nosotros seríamos la generación próxima a graduarse, un alumno de segundo año daría el discurso de salida como yo lo hice el año anterior. Sin embargo, el profesor no hizo concurso entre sus mejores alumnos, simplemente me lo asignó a mí. Sentía emoción y miedo, porque esta vez yo despediría a las personas con las que crecí.

Me presentaron y tomé por el brazo al niño que me escoltaría hasta el escenario. Alcé mi vista y el hermano mayor de una compañera me dio una sonrisa de aliento. Llegué al podio de madera y tomé un fuerte respiro antes de afrontar mi realidad y ver a la audiencia; trataba de irradiar confianza, no sé si lo logré, pero por dentro me estaba muriendo.

El discurso me lo tuve que aprender de memoria, así que mi meta era lograr darlo de forma natural y orgánica. Todo iba bien, me faltaba poco para terminarlo cuando, de repente, y sin advertencia alguna, se me rompió la voz. Observé como algunos de mis compañeros y sus padres comenzaron a llorar al igual que yo. Una maestra se acercó y puso su mano en mi espalda, finalicé el discurso. Se pusieron de pie y me aplaudieron.

Cuando regresé a mi lugar no me contuve más y dejé salir todas las lágrimas que estuve guardando en los últimos meses. Esta era la realidad, hoy era el final.

Le agradezco al profesor Emilio el haber confiado en mí, preparado, dado seguridad y brindado la oportunidad de dar dos discursos tan importantes. No todos tienen la dicha de despedirse como yo lo hice. Mientras escribo, otra vez siento el nudo en la garganta. No recuerdo haber conocido a otro profesor que me haya impulsado tanto para creer en mi capacidad de conmover a las personas con mis palabras.

Cruz de Navajas

Mi mamá tenía 23 años cuando yo nací. Me cuesta imaginar a mi mamá siendo madre por primera vez a los 23, tengo excompañeras de la primaria y secundaria que ya son mamás y simplemente me es difícil entender la maternidad a esta edad. La primera vez que soñé que estaba embarazada tenía 13 años, me desperté muy asustada, lo primero que hice fue tocar mi estómago y me sentí muy aliviada de que no había nada ahí, todo se sintió muy real. Yo no estoy preparada para eso, y no lo creo estar hasta que tenga por lo menos 30 años.

Desde que tengo memoria, mi ma', como le digo yo, siempre me ha contado historias sobre su vida. Como madre ella tuvo que crecer mientras cuidaba de otro humano que dependía de ella; mostrarme el mundo y tratar de darme respuestas a las preguntas que me surgían todos los días.

Las preguntas han evolucionado conforme a mi edad. Cuando era pequeña, mientras íbamos en la calle, yo preguntaba: "¿Qué es esto?", "¿Para qué sirve?", seguidas de decenas de preguntas relacionadas a mi objeto de fascinación, y con paciencia, mi madre respondía de todas formas. Ahora mis preguntas son un poco distintas, lo último que recuerdo haberle preguntado a mi mamá, y que por cierto, la hizo sentir incómoda, fue ¿qué se siente estar embarazada y dar a luz? Ella me vio raro y me preguntó "¿para qué quieres saber?". Supongo que la actitud que ella tomó se debe al distinto tipo de educación que tenemos las dos, el ambiente en el que crecimos, así como la relación que mi mamá tuvo con mi abuela, la cual estaba basada en valores más conservadores y religiosos.

A pesar de llegar a tener esas fallas de comunicación, ella siempre ha sido mi soporte ante todo, incluso cuando nos enojamos. Probablemente sea un cliché, pero concuerdo con la idea de que cuando se es pequeño se ve a los padres como superhéroes, pero conforme vas creciendo te das cuenta de que son humanos y cometen errores, y que aprendiendo de sus fallas, probablemente algún día seas mejor persona y eventualmente, un mejor padre.

Ahora que tengo 18 años me he dado cuenta de lo afortunada que soy por llegar hasta este punto de mi vida con ella, tener recuerdos y fotografías de momentos que pasamos juntas. Tengo amigos que perdieron a sus madres o padres cuando eran todavía muy pequeños y el paso del tiempo ha provocado que ya no los recuerden tan claramente.

La memoria es algo que me preocupa perder, y en el caso de mi madre, me aterra olvidar cómo se oye su voz, como se ve la ropa de colores cálidos que usa y el contraste de sus blusas rosas, magentas y cafés con su cabello negro, el olor y calidez de sus abrazos, el sabor de su comida, o cómo me desespera cuando empieza a silbar y tararear cuando se enoja. Por eso es que estoy planeando una sesión de fotos para ella, quiero un retrato blanco y negro, lo imagino en mi casa con un marco de color plata, colgado en una de mis paredes cuando viva muy lejos de México. Espero que el mundo no se haya acabado para entonces.

When We Were Young

Cuando era niña mi familia y yo nos mudábamos muy seguido debido al trabajo de mi papá. Mi recuerdo más temprano de amigos se remonta al 2004, cuando comencé el jardín de niños. Mis amigos se llamaban Beto y Evelyn, vivíamos muy cerca y salíamos a jugar, nuestras familias se llevaban muy bien, a veces nos invitaban a comer después de recogerlos del kinder, fueron momentos muy memorables para mí, pero no duró para siempre. Tuve que mudarme una vez más y despedirme de ellos.

Crecí viviendo en diferentes casas, en diferentes estados, no teníamos mascotas, y las mudanzas constantes hacían que no tuviera amigos. Recuerdo que tenía 7 años aproximadamente, cuando un día le grité llorando a mi mamá, como si quisiera culparla porque yo no tenía amigos. En ese entonces creía que mis papás podían pagarle a alguien para que fuera mi amigo. Nunca se los dije como tal, esperaba que mis gritos y desesperación de sentirme sola hicieran que ellos tomaran la iniciativa para contratar a alguien para que fuera mi amigo. Ahora me da risa recordarlo, mi noción de cómo funcionaban las relaciones humanas y de pagarle a alguien para que sea tu amigo demuestra que yo realmente no tenía idea de cómo funcionaban las relaciones humanas. Deseaba la compañía de alguien más que no fuera mi familia, quería replicar la relación que tuve con Beto y Evelyn, pero las circunstancias no me lo permitían.

Finalmente nos mudamos a un municipio que forma parte de la Región de los Volcanes, vivimos ahí varios años. Ahí cursé casi toda la primaria, tres años de secundaria y un año de prepa. Y bueno, finalmente pude hacer amigos y nuestra familia se hizo más grande con Randy, un perro blanco, juguetón, con un porte muy elegante y de ojos color miel que amo con todo mi ser. Luego, Randy tuvo crías con una poodle, entre ellos tuvieron a un cachorro que adoptamos y que, por mi papá, estuvimos a punto de nombrar Rocky, Rambo o Terminator, pero que finalmente nombramos Duke. Este 2020 Duke cumplió 10 años.

Dicen que la nostalgia es el anhelo de un pasado que nunca existió, pero para mí, esos han sido los años más perfectos que he vivido. Abrir mi puerta en el verano y

dejar que me abrazara el olor de la tierra después de que caía la lluvia. Era feliz, mi familia había crecido, ahora teníamos a Randy y Duke, finalmente tenía amigos, y ya no me sentía sola.

Crecer con alguien, ver cómo evolucionan y florecen frente a mis ojos es probablemente uno de los privilegios más grandes que he tenido. El amor que sientes por tus amigos no depende de grandes gestos, sino de los hombros en los que puedes llorar y sostenerte cuando sientes que ya no puedes más. De los mensajes ridículos que envías y que probablemente nadie más se tomaría la molestia de leer. De los planes inesperados que resultan en viajes fallidos. De los ataques de risa que contagian a todos. De platicar abiertamente tus intereses sin sentirse juzgado. De los karaokes poco profesionales en medio de una avenida a las 5 de la mañana. De verlos en su casa, en pijama, y te cuentan las historias detrás de las fotos que cuelgan en su pared. De la comida que divides a la mitad para compartirles. De los momentos vulnerables donde lloraste con ellos frente a toda una audiencia, dejando la vanidad por detrás mientras tratabas de guardar ese momento en tu corazón y cerrarlo bajo llave. Del esfuerzo que haces por mantener la amistad viva aunque el internet no sirva. De las fotos vergonzosas que juraste no compartir con nadie más y de las canciones que escuchas y te recuerdan a ellos.

Como diría Andy Bernard: “Desearía que hubiera una manera de saber que estás en ‘los buenos tiempos’, antes de que los dejasas.” No es que no sea feliz ahora, sino que mi escala de medición y satisfacción ya cambió, antes era una emoción que estaba siempre presente, probablemente porque me sentía más completa, vivía una infancia tranquila y normal, los problemas que ocurrían al exterior de mi burbuja no me quitaban el sueño.

Ahora tengo pequeños momentos que me hacen muy feliz como los conciertos, reuniones con mis amigos, jugar con Duke, alcanzar un logro en la escuela, momentos con mi mamá, salir sola al cine, al super, o perderme en calles del centro, pero una vez que terminan, entro en un cierto estado de desorientación al no saber qué está pasando con mi vida porque es claro que lo que ocurre en el mundo afecta mi futuro y de los que me rodean (cambio climático, la pobreza, violencia, poca movilidad social, el desaprovechamiento del bono demográfico, etc.). Durante la

pandemia estoy un poco más sensible en ese sentido, tengo mucho tiempo para pensar, extrañar algo que ya no existe y preocuparme por lo que está por venir.

Someday I'll be Saturday Night

Mi punto de llegada es mi cama. Ya es domingo. Acabo de salir de bañarme y me puse ropa fresca de algodón. Estoy a un lado de una ventana, las cortinas son blancas. Son las 2 de la tarde, el cielo es azul y la temperatura es de 24°C. No puedo mirar afuera sin tener que entrecerrar los ojos porque me lastima la luz. Mi mente había estado atrapada en un círculo vicioso de negatividad.

Estoy sola en mi casa, sólo tengo a Duke. Esta mañana nos levantamos, desayunamos, hice el quehacer y mientras tendía la cama y veía la luz de los rayos del sol entrando por la ventana y reflejándose en el piso sentí algo. Llevo intentando comprender de qué se trata, probablemente fue un *déjà vu*, pero es algo más que sólo un recuerdo en particular. Si cierro los ojos es como si nuevamente estuviera en mi antigua casa, escuchando las hojas de los árboles y el canto de los pájaros.

No hay ruido allá afuera. Percibo una paz en mi interior que no me sienta del todo bien. Tengo pendientes y sé que debería estar haciéndolos pero con este clima, y el silencio siento que el día será eterno y tendré tiempo para acabar. Esta paz que hay a mi alrededor no la he tenido en mucho tiempo, me siento culpable y no sé qué hacer con ella.

Me considero una persona hedonista. Michel Onfray lo definiría como “darle más importancia al ser que al tener”. Por lo que procuro disfrutar de los pequeños momentos, por más banales que parezcan y también, busco evitar el dolor, pero cuando el dolor es inminente, lo afronto y aprendo de los errores. Soy hedonista porque siempre he tenido muy claro que nuestro tiempo en esta tierra es limitado. Flea, una de mis personas favoritas en el mundo, pudo encerrar ese sentimiento cuando escribió la siguiente estrofa:

“We're alive
Just for a while
Soon we'll die
And that will be great
So let's love

Love everything in the way
Today”

Dadas las circunstancias en las que se encuentra el mundo, decir que finalmente hoy, aunque sea por unas horas siento paz, es para mí, la mejor manera de decir que ha habido catarsis.